

Ese don que tienen los niños para percibir lo que se escapa a la inteligencia de los adultos, que tan listos y tan mayores nos creemos

LaVozDeGalicia.es

A los niños les enamora la historia de la Navidad, precisamente, porque perciben lo que con nuestra pedantería habitual...

El relato empezaba así: «Dios reunió a los ángeles y les dijo: he decidido hacerme hombre y pasar unos años en la Tierra. Las cosas no van bien por ahí abajo y solo yo puedo arreglarlas. Los ángeles dijeron: ¡Oh!». Seguí leyendo, pese a que se trataba de un cuento de un chico de Primaria, **Diego Rodríguez-Gilgado**, ganador del Concurso de Navidad de su colegio.

Narraba luego cómo los ángeles preparan diversos planes para el nacimiento de Dios. Primero le ofrecen Roma: el palacio y la familia del Emperador. Después, Israel: el palacio y la familia del rey **Herodes**. Pero Dios siempre pide “algo más sencillo”, hasta que en su angustia tropiezan con una chiquilla, la Virgen María, y les da la solución.

Me gustó por ese don que tienen los niños para percibir lo que se escapa a la inteligencia de los adultos, que tan listos y tan mayores nos creemos. Últimamente he leído o escuchado mucho una frase que se repite de un modo casi literal: “Dios no se ocupa de mí, así que yo tampoco me ocupo de él”. A los niños les enamora la historia de la Navidad, precisamente, porque perciben lo que con nuestra pedantería habitual llamaríamos “máxima implicación” de Dios, que decide hacerse niño y morir después en una cruz.

También [los poetas lo percibieron](#): «He llegado a un punto en el que ya no puedo creer más que en el Dios vagabundo de Galilea, que bajó del Cielo para enseñarnos que el único camino que lleva a la gloria pasa por el sufrimiento, un Dios de infantería en una palabra» ([Joan Sales](#) en carta a [Màrius Torres](#), 1937).

Paco Sánchez